

TÚ

Autora: Miriam Mateos - Aparico Montoya. VALDEMORO (Madrid)

Querido papá:

No sé qué número de carta es esta. Por desgracia he escrito tantas para ti que ni me acuerdo.

Sin embargo, ya que hoy es un día especial, me gustaría recordar todo lo que tú y yo hemos pasado juntos, porque como tú bien me decías, *“las cosas buenas jamás deben perderse”*.

Empecemos por el principio.

Tú me ayudaste en todo, ya que mamá no estaba entre nosotros a causa de mi nacimiento. Una de las cosas que más te agradezco es que me ayudaste a comprender que la muerte de mamá no fue por mi culpa. Salimos adelante, aunque con muchísima tristeza, pero solo gracias a ti.

Tú jugabas conmigo cuando venías de trabajar, aunque a veces estaba malita y, o bien me dejabas con los abuelitos, o si estaba muy enferma pedías un día libre para estar conmigo y jugar a “médicos y pacientes” para que yo me sanara lo antes posible.

Tú me llevabas muy tempranito a la escuela. Recuerdo que siempre estaba deseando salir cuanto antes de ella para verte y volver los dos caminando a casa, bajo ese caminito de tierra, que cuando llovía, se llenaba de charcos que me encantaba pisar, pero que tú me impedías porque no querías que me manchara ni acatarrara por lo fría que estaba el agua que había en ellos.

Tú me permitías que te “robara” tu uniforme verde para disfrazarme con él, cosa que me encantaba, y pasearme con él en la puerta de casa frente a todos nuestros vecinos.

Tú siempre me prestabas tu tricornio, aquel que estaba un poco viejo por los años y que me estaba muy grande, para que la lluvia no mojara mis rizos cuando salíamos a pasear por el precioso bosque que había al lado de casa.

Tú me escribías interminables cartas que decorabas con pequeños dibujos en los márgenes cuando tenías que salir de viaje por un largo tiempo, y no podías estar a mi lado por las noches.

Tú me acompañabas cuando, ya más mayorcita, tenía miedo a la oscuridad cuando dormía sola en mi habitación.

Tú me consolabas cuando, estando yo en la “edad del pavo”, como decías tú, discutía con mis amigas por tonterías que no tenían ninguna importancia.

Tú me animabas cuando tenía un examen, y siempre siempre recordabas preguntarme “¿qué tal la mañana, pequeña princesa?”, cuando yo ya tenía más de quince años y volvía del instituto.

Sin embargo, un día, todas las cosas bonitas que pasábamos tú y yo se acabaron cuando, por desgracia, fuiste destinado forzosamente al País Vasco. Tú me decías que aquella era una tierra preciosa, llena de bosques y prados, de esos que a mí me gustaban tanto. Una tierra con mar, aquel que no había visto nunca. Una tierra preciosa, con gente maravillosa. Pero yo sabía que tú sabías mentir muy mal. Quizá no era mentir, si no ocultar. Había algo que no me querías decir, algo bastante turbio que no querías que yo conociera. Y lo primero por lo que lo noté fue porque enseguida los abuelos me prepararon una habitación en su casa, ya que tú y yo nos íbamos a separar, después de dieciocho años viviendo los dos juntos. Tú no querías que yo viviera contigo, ya que me querías proteger de algo, como siempre habías hecho con la gente como buen Guardia Civil que eras.

Mi vida con los abuelos era estupenda, sin embargo yo notaba que me faltaba algo y ese algo eras tú.

De nuevo, tú me volvías a enviar cartas cada semana, aunque ya no estaban adornadas con dibujitos, en las que me contabas lo bien que te estaba yendo en tu nuevo destino y lo mucho que echabas de menos a “tu pequeña princesa”. Yo también respondía las cartas, con un contenido, como sabrás, más o menos similar, aunque las mías siempre tenían alguna marca de gotas de agua encima porque lloraba mientras las escribía.

Yo estaba preocupada por ti, porque notaba algo que me hacía no confiar en tus palabras. No me creía que la gente te invitara a café en los bares cuando aparecías con tu tricornio, o que pararan para saludarte cada vez que salías por la calle para hacer una patrulla. Era algo demasiado irreal que no podía creer. Eso no pasaba ni donde ambos vivíamos antes.

Pero un día yo dejé de recibir tus cartas, todavía desconozco la razón. Me dejaste abandonada, pero yo me imagino el por qué. Algo en tu trabajo no iba bien. Estabas demasiado triste con él que eras incapaz de mentirme en las cartas. Ese sitio no era bueno para un Guardia Civil. Parte de la gente tenía unos ideales diferentes a los nuestros, y eso era lo que a ti no te dejaba vivir. Aunque seguro que había gente genial en esas tierras, pero desafortunadamente, creo que a esa no la conociste. Tú les dijiste a los abuelos que no me dejaran escuchar la radio, porque seguro que algo malo estaba pasando. Pero yo de vez en cuando iba a casa de una amiga mía a escucharla. Quería conocer lo que me ocultabais. Y casi era mejor que no os hubiera desobedecido, porque era un tormento escuchar que muchos días se cometían atentados terroristas en aquellas tierras en los cuales, normalmente, eran asesinados policías y guardias civiles.

Recuerdo aquel dieciséis de abril de 1984. Ese día cambió nuestra vida, pero sobre todo tu vida. Tú no volviste a abrazarme, ni a jugar conmigo, ni a acompañarme en los malos momentos...no volviste a verme nunca más. Tu coche patrulla saltó por los aires justo cuando lo arrancaste para ir a hacer el servicio que te tocaba ese día. Tú y tres compañeros del cuerpo más fallecisteis en el acto ya que una banda terrorista instaló una bomba en vuestro vehículo.

Los abuelos entraron bañados en lágrimas en la habitación donde yo te estaba escribiendo una carta contándote las barbaries que se cometían contra vosotros y que yo escuchaba por la radio, y preguntándote, en un rayo de esperanza, si aquello que se decía era verdad. Pero esa carta no fue terminada, y nunca llegó a ser enviada, nadie la iba a leer porque nadie la iba a recibir. Cuando los abuelos me comunicaron la noticia, mi mente se quedó en blanco. No era capaz de asimilar que TÚ no volverías a verme. Y lo que vino a continuación, prefiero saltármelo, porque es muy doloroso de escribir. Suficiente he llorado ya escribiendo todo lo anterior. Para no perder la costumbre, esta carta también está marcada con mis lágrimas.

Han pasado justo diez años de tu muerte y todavía tu pérdida me sigue doliendo como si fuera el primero. Escribirte estas cartas me hace sentir que, al menos, algo de lo que tuvimos entre tú y yo no se ha perdido, aunque estos mensajes vayan en un solo sentido. Quédate tranquilo al saber que solo las palabras que escribo con mi puño solo son para ti y para nadie más.

Ah, se me olvidaba, te he traído otra cosa, aparte de mi carta, seguro que te encanta. Es tu tricornio, ese tricornio, ese con el que me refugiaba de la lluvia cuando salíamos a pasear, el mismo que me dejaste antes de irte al País Vasco. Está un poco maltratado, lo sé, pero he dormido con él desde que te separaste de mí, pese a que se me clavaba en el pecho cada vez que me daba la vuelta en la cama. Me ha ayudado bastante tenerlo conmigo, me ha hecho creer que ya no estás entre nosotros porque has cumplido con tu deber, con tú trabajo, pero en el fondo de mi corazón sé que tanto yo, como nuestro país, ha perdido una gran persona, y tú todavía deberías estar a mi lado.

Porque sé que tú has salvado muchas vidas, pero por desgracia, la tuya no.

Te quiere, y te echa muchísimo de menos,

Tu hija Carmen



Enrollé la carta que acababa de leer en silencio y la anudé con un trozo de terciopelo verde, del mismo color de su uniforme. Cogí el tricornio y lo posé sobre su tumba, al lado de la carta. Él no merecía estar ahí, era un buen padre, un buen amigo, y sobre todo un buen Guardia Civil. Él siempre me enseñó a perdonar, pero con esas personas que han llevado a mi padre a reposar bajo esa losa no lo he hecho. No puedo. Definitivamente no.

